

[1]

El cambio de milenio no ha traído aparejado un cambio sustancial para el movimiento ecologista. Al contrario, si de algo cabe hablar, es de evidente continuidad con los problemas, preocupaciones y reivindicaciones de años anteriores.

Si se piensa en un escenario europeo, el dato más significativo es una cierta erosión y retroceso de los partidos verdes, Aunque a lo largo de los años precedentes la presencia de ministros verdes en tres países claves de la ue (Alemania, Francia e Italia) había suscitado un notable interés, en el 2001 los datos inducen al desencanto. En Italia, la victoria electoral de Berlusconi significó la desaparición de los verdes del gobierno, en el que tampoco se habían hecho' notar de una forma especial. Mientras en Alemania la guerra de Afganistán y la determinación de Schröder de enviar soldados a este país les obligó a una nueva renuncia a los principios pacifistas que tan decisivos fueron en el surgimiento del partido. Los malos resultados en las elecciones de distintos estados indican que su política no satisface a sus electores tradicionales ni capta otros nuevos. Aunque hay datos importantes en su balance de acción gubernamental: como la promoción de la energía eólica o de la biomasa, un cierto giro

hacia una agricultura y una ganadería menos intensivas y más ecológicas, una tendencia a ser de los pocos países que cumplirán sus compromisos de limitación de emisiones de efecto invernadero y una ley única en la actual Europa de cierre escalonado de las centrales nucleares; lo cierto es que los verdes han perdido su aureola de frescura y han tenido que ver cómo continuaban las movilizaciones contra el traslado de residuos nucleares, con toda su carga de simbolismo, y con ellas la deslegitimación de su política. Sólo en Francia parece quebrarse la tendencia negativa.

Circunscribiéndonos a lo que ocurrió dentro del Estado español, el Plan Hidrológico Nacional presentado por el gobierno del pp fue la causa de importantes movilizaciones. A destacar la manifestación celebrada en Madrid con motivo del día mundial contra los grandes embalses que congregó a más de 300.000 personas, y que fue precedida quince días antes por otra importante movilización en Barcelona a la que acudieron más de 200.000. Sería ingenuo afirmar que dichas movilizaciones fueron sólo de ecologistas, pero es evidente que no hubieran tenido lugar sin el movimiento ecologista.

Sin lugar a dudas el trasvase de 1.000 Hm³ desde el Ebro fue el elemento aglutinante de la protesta y la presencia, tanto de aragoneses como de catalanes de la zona del delta, fue decisiva para el éxito de las movilizaciones; pero de igual modo es evidente que también confluyeron todas las decenas de problemas locales derivados de la gestión del agua a base de grandes obras y que a las manifestaciones se sumó mucha gente que entendió que era posible con-testar eficazmente en la calle la prepotencia de un pp con mayoría absoluta. Como siempre ocurre en estas circunstancias aparecieron múltiples reivindicaciones divergentes e incluso antagónicas (en la manifestación de Madrid había muchas pancartas contra el recrecimiento del embalse de Yesa y muchas otras a favor del mismo). Uno de los problemas más difíciles de resolver fue cómo dar cabida simultáneamente a la sensibilidad ecologista, que pedía una nueva cultura del agua que enterrara definitivamente el espíritu regeneracionista del siglo pasado y con él la gestión «de oferta» del agua, y a la otra sensibilidad a la que, con cautela, podríamos llamar nacionalista, que incide en que la gestión del agua debe hacerse a favor de los territorios atravesados por el recurso, contando con sus representantes, pero que deliberadamente no se pronuncia por el tipo de gestión a hacer y finge no ver los conflictos entre los habitantes de un mismo territorio {afectados por un embalse y regantes). Una prueba de que las ideas ecologistas habían avanzado en las movilizaciones fue que los partidos firmantes del «pacto del agua de Aragón», que implicaba la realización de muchas grandes obras para «aprovechar» «su agua», y el gobierno regional, se vieron obligados a poner en segundo término esta reivindicación en todas las movilizaciones, y que la marcha del agua que a finales de verano se dirigió hacia Bruselas tenía un signo claramente ecologista.

Otros eventos ambientales destacables de 2001 fueron las sucesivas cumbres internacionales sobre el cambio climático. En realidad todo empezó en la cumbre de La Haya (noviembre de 2000), cuando se negoció a llegar a un acuerdo. Posteriormente la situación empeoró debido a que el presidente Bush, recién elegido con menos votos que su principal contrincante, decidió la retirada unilateral de su país del protocolo de Kioto para compensar las compañías energéticas que tan generosamente habían financiado su campaña electoral. El abandono del principal emisor mundial de gases de efecto invernadero del único acuerdo internacional para limitar el cambio climático hizo saltar todas las alarmas y comenzó una frenética carrera diplomática para conseguir la ratificación del moribundo protocolo. El encuentro de Bonn, celebrado en julio de 2001, permitió obtener suficiente número de países para su entrada en vigor y la cumbre de Marrakech de final de año posibilitó los avances técnicos necesarios para asegurar su implantación efectiva. Hay un hecho innegable: el mundo ha quedado totalmente aislado internacionalmente y se ha logrado finalmente un acuerdo aplicable. Pero igualmente

cierto es que, para llegar al acuerdo, se han hecho tantas concesiones a los países con posiciones similares a ee uu (el llamado «grupo pa-raguas» formado por Japón, Canadá, Australia y Nueva Zelanda, reforzado eventualmente por Rusia y algún país de la opep) que han reducido la eficacia de un protocolo como el de Kioto, ya de por sí claramente insuficiente para atajar el problema, Las posiciones de las organi-zaciones sociales han diferido notable-mente pese a que previamente se ha-bían manifestado unánimes a la hora de señalar que Kioto sólo era útil si era un primer paso seguido de otros más deci-didos. Algunos como WWF, Greenpeace o la ces (representado en la cumbre por CC OO) han aplaudido el compromiso in-sistiendo en que es el único posible y que sus detractores eran las grandes industrias energéticas y el gobierno de ee uu; mientras otras, como Ecologistas en Acción, han insistido en que el acuer-do es sólo un ejercicio de relaciones públicas de los gobierno hacia los sectores sociales preocupados por el tema, pero claramente insuficiente para atajar el cambio climático. Para describir bre-vemente los retoques a que se sometió el protocolo de Kioto puede indicarse que el compromiso de reducir en un 5% las emisiones de los países industrializa-dos puede quedar en un 1 o 2 % de reducción efectiva debido al comercio de emisiones y a la amplia admisión en el acuerdo de sumideros de carbono. No va a existir una cuota mínima obligatoria de cumplimiento de la reducción con medidas domésticas, es decir, las que tome cada país para reducir sus vertidos a la atmósfera, como era la posición ini-cial de la ue. Con ello se reducirán los in-centivos para realizar cambios profundos en la economías basadas en el consumo de energía fósil para dar origen a otras más eficientes y autónomas. Además no se prevén sanciones efectivas a los incumplidores, lo que permitirá una aplica-ción muy deficiente de lo acordado.

Es resaltable el tratamiento informati-vo que los grandes medios de comuni-cación han dado a estas cumbres insis-tiendo unánimemente en los aspectos positivos y silenciando las carencias e incumplimientos de muchos países. El papel de malo se atribuye merecida-mente a ee uu mientras la ue recibe el título de líder mundial en la lucha contra el cambio climático, pese a que ha sido un negociador excesivamente «flexible» (no hay exageración en afirmar que ha renunciado sin apenas contrapartidas a todas sus posiciones iníciales) y a que los datos disponibles en la actualidad permitan dudar de que como bloque económico cumpla sus compromisos. Hay evidencias de que varios países (como España) los incumplirán clamoro-samente. Del mismo modo no puede dejar de comentarse la escasa movilizaci-ón social que acompaña a estas cum-bres, lo que puede deberse tanto al ca-rácter futuro, y por tanto no perceptible todavía en su crudeza, de la amenaza, como a la dificultad de comprensión que entraña, sin descartar del todo la ausen-cia de relaciones suficientemente flui-das entre el ecologismo y los nuevos movimientos antiglobalización, que sí han sabido conquistar las calles.

Apuntaré brevemente para terminar un problema que ganará trascendencia en los próximos años y que es el inten-to de construir 46 centrales de produc-ci-ón de electricidad a partir de gas natu-ral con tecnologías de ciclo combinado. Ya han surgido algunas plataformas de oposición a estos proyectos, sobre todo cuando se quieren instalar en zonas emi-nentemente agrícolas, y

Escrito por Ladislao Martínez López
Sábado, 20 de Enero de 2001 11:23 -

es previsible que la oposición crezca y se coordine en los próximos años. La amenaza, des-pués apenas materializada, de cortes de electricidad en verano y los apagones por la ola de nieve y frío de mitad de di-ciembre que afectaron a grandes ciuda-des, con la consiguiente amplificación, han puesto en primer plano el debate sobre el suministro eléctrico. Aunque las compañías generadoras han intentado sacar provecho de la situación para con-seguir facilidades en la construcción de centrales, la opinión pública informada tiene claro que, por el momento, se trata de un problema de distribución. Tiene interés resaltar que una tecnología de producción eléctrica apreciablemente menos emisora, tanto de gases de inver-nadero, como de contaminantes ácidos, no permitirá mejoras ambientales signi-ficativas debido al brutal crecimiento de la demanda de electricidad. Es un ejem-plo de libro de cómo las mejoras de efi-ciencia por saltos tecnológicos pueden resultar insuficientes para resolver los problemas ambientales si crece sin fre-no el consumo.

[1] Miembro de Ecologistas en Acción.